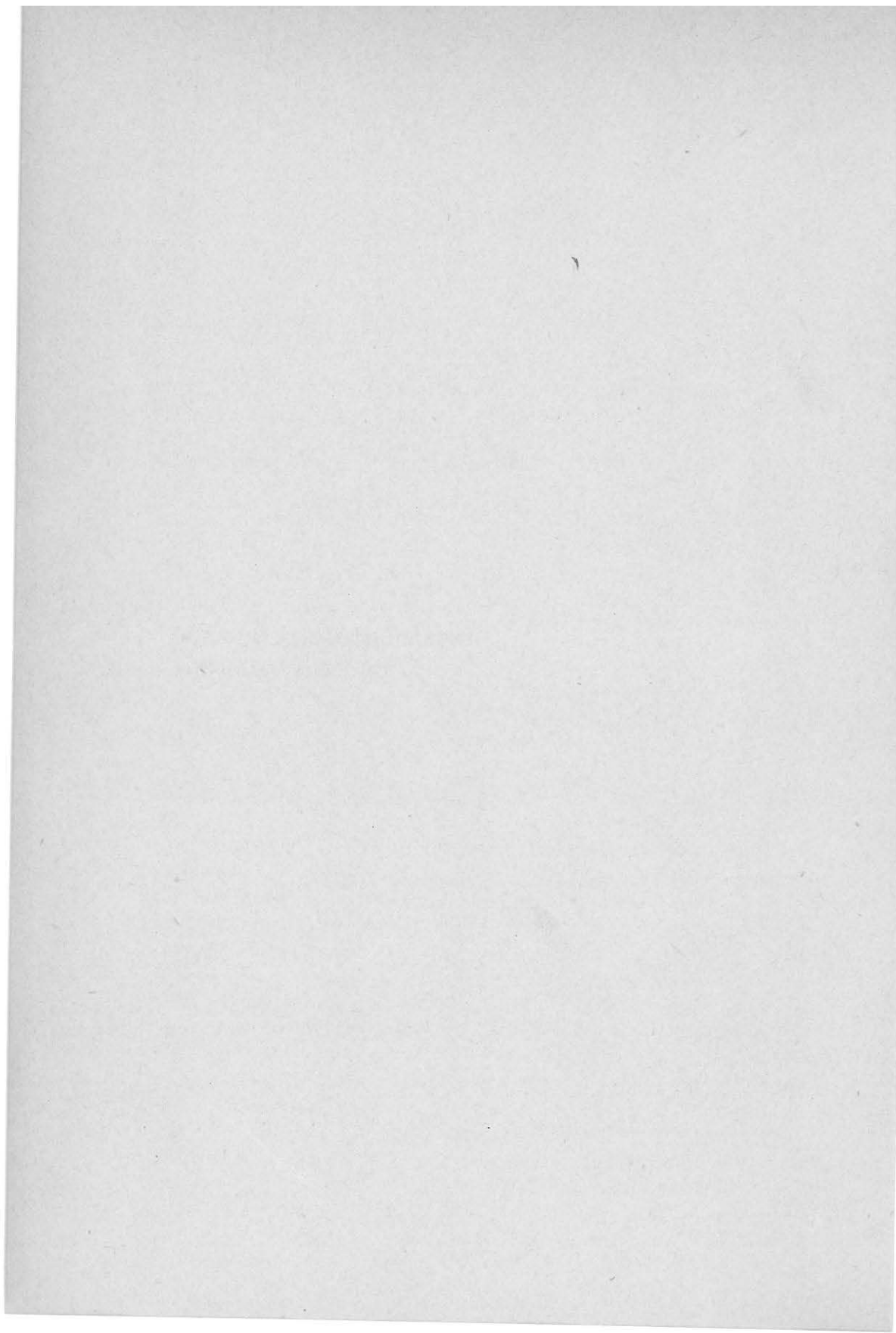


**UN ZURBARAN DESCONOCIDO**

Por **EMILIO OROZCO DIAZ.**



Casi desconocido, se conserva en el Palacio Arzobispal de Granada un grupo de cuadros de pintores españoles del siglo XVII, en el que, como más importantes, hay que señalar, entre otros, uno de Castillo y otro de Sánchez Cotán. Pero, sobre todos, por su calidad, y por tratarse de una figura de primera fila, destaca un bellissimo Zurbarán que no sabemos cómo ha podido permanecer ignorado hasta la fecha. Se trata de una Santa de la serie, tan numerosa y tan representativa del arte de este pintor, del tipo de la del Prado y de las del Museo de Sevilla, y de calidad no inferior a las mejores de la serie y que ofrece además la particularidad, no corriente en ella, de ser una Santa niña, de tipo paralelo al de las numerosas Vírgenes niñas que pintó, sobre todo, en su última época.

Como todas las santas de ese grupo, ésta de Granada aparece vestida con el traje de la época, en este caso muy simple: corpiño, falda amplia y manto recogido en el brazo que envuelve amplia manga blanca, y todo apenas adornado, sin aminorar lo más mínimo la sencillez y amplitud de formas, realizadas por ese fuerte claroscuro, típico del maestro. El color es también una muestra expresiva de su paleta; la carnación es pálida y las telas del rojo terroso característico en Zurbarán.

Tiene esta figura una grandiosidad que sólo Zurbarán supo infundir a la figura aislada cuya plasticidad llega a tener la fuerza de lo escultórico, emergiendo de una atmósfera que la aísla perfectamente en el espacio. Casi de perfil, en la acostumbrada actitud de marchar, como detenida por algo que llama su atención y le hace volver ligeramente la cabeza, la santa mira hacia arriba y la luz la ilumina por detrás, recortando con vigor su silueta, que se funde por delante en la sombra. La cabeza nos muestra uno de sus frecuentes modelos, de cara fina con nariz alargada y ojos negros, con esa expresión de especial encanto con la que Zurbarán supo representar lo infantil, sin mantenerse en la profunda grandiosidad de sus frailes, pero también sin caer en sentimentalidad a lo Murillo. No es necesario pensar en éste, como indica Mayer, para explicarse esa tendencia hacia lo sentimental que aparece en la última época de Zurbarán. Es una etapa frecuente en muchos pintores, que vemos incluso operarse en la sensibilidad del más recio de nuestros barrocos: Jusepe Ribera. Hay una enorme distancia entre los niños que pinta Murillo y los de Zurbarán. En los de aquél hay siempre una gracia, una simpatía que nos mueve a la sonrisa, mientras los de éste son niños cuya expresión conserva la gravedad casi monástica del pintor de frailes. En los de Murillo se ve el goce del pintor al trabajar, poniendo su afán en sorprenderlos en toda su alegría, con sus gestos pícaros llenos de inquietud y de viveza. En Zurbarán, por el contrario, aunque pone en ellos todo su amor al pintarlos, se percibe como un algo triste, sin que una sonrisa anime los infantiles rostros pálidos que parecen sentir en torno suyo una soledad que los aleja de los juegos y de las risas: su grupito de “las dos hermanas” podría ser mejor llamado “las dos huérfanas”.

Este mismo espíritu es el que alienta en esta pequeña Santa Casilda que, además de su sencillez, posee una ligera religiosidad ingenua de que carecen casi todas las santas de esta serie.



ZURBARÁN.—SANTA CASILDA. PALACIO ARZOBISPAL DE GRANADA.